

### 23. Oración como misión

Cuando se mira la estructura del Oficio divino como la quiere san Benito, nos damos cuenta que la súplica litánica del *Kyrie eleison* era la conclusión de todas las Horas: de las Vigilias (RB 9,10-11); de Laudes (RB 12,4 y 13,11); de Prima (RB 17,4), Tercia, Sexta y Nona (RB 17,5); de Completas (RB 17,10). También en Vísperas, la letanía con el *Kyrie eleison* se incluye al final, pero después de la misma está el Padre Nuestro (RB 17,8). Al final del capítulo 13, san Benito, después de decir que el Oficio de Laudes termina con la oración litánica, se corrige y escribe que al final de Laudes y de Vísperas se debe siempre rezar el Padre Nuestro. Es como si para él el Padre Nuestro y el *Kyrie eleison* se confundieran. En efecto, expresan la misma petición de misericordia.

En todo caso, está claro que para san Benito la súplica litánica del *Kyrie eleison*, si finaliza los Oficios en el coro, no es tanto para concluir nuestra oración sino para prolongarla, para salir del Oficio y de la iglesia como los pobres del Evangelio que continúan siguiendo a Jesús rogando su misericordia para sí mismos y para todos.

En el capítulo 17 de la Regla, sobre el número de los salmos y la estructura de las diferentes Horas de oración común, por 4 veces habla san Benito del final del Oficio utilizando una expresión parecida a la despedida de la asamblea al final de la Misa en el rito romano: “*Ite missa est*”. No es una fórmula fácil de traducir y no está muy claro su origen e historia. Pero, en general, se la interpreta como una despedida que envía, que manda en misión, desde la Eucaristía al mundo que espera la comunión con Cristo. Esta idea me parece que está también presente en el sentido que san Benito da a esta expresión en el capítulo 17 – “*missas*”, “*missae sunt*”, “*fiant missae*”.

Por lo tanto, la oración común se ha de concluir, completar, alcanzar su cumplimiento (“*completum est*”, RB 12,4; 13,11), en la forma de un envío en misión. La despedida de la oración del Oficio es una despedida de envío en misión. Pero para san Benito, como hemos visto, el final del Oficio coincide con la repetición de la súplica que pide al Señor misericordia, el *Kyrie eleison*. La oración común de la Iglesia, y monástica en particular, nos envía al mundo con la misión de invocar sobre todo y sobre todos la misericordia de Dios. Y el “mundo” es nuestra comunidad, nuestro trabajo, la vida diaria, los huéspedes del monasterio, los oficios que la comunidad ejerce dentro y fuera de los muros del monasterio. Lo importante no es dónde vamos, sino que, allí donde estemos, aquello que hagamos, sea llevando en nosotros la súplica continua de la misericordia de Dios, y, por lo tanto, la esperanza cierta de que ella salva al mundo entero.

El capítulo 17 termina con una bella expresión: “Las Completas constarán solo de tres salmos, que se dirán seguidos, sin antífona. Por tanto, el himno de la Hora, una sola lectura, el verso, el *Kyrie eleison*, y con la bendición se da la despedida – *et benedictione missae fiant*” (RB 17,9-10)

Por lo tanto, en el Oficio recibimos la bendición del envío en misión de misericordia. Terminamos la oración común, y también el día, porque se habla del Oficio de Completas, con el *Kyrie eleison* y la bendición, y es con estos con los que somos mandados, enviados, al mundo entero, a aquellas que el Papa Francisco llama las “periferias” del mundo, que no son solo geográficas, sino existenciales, espirituales. Las periferias son los lugares, los corazones, que no han recibido aún la bendición de la misericordia del Padre, son los “países lejanos” de los que los hijos de Dios no han vuelto aún, los lugares oscuros y

peligrosos donde las ovejas perdidas no han sido aún reencontradas por el buen Pastor. Somos enviados allí sobre todo con la oración, con la súplica que implora misericordia, porque estos lugares están sobre todo en el corazón de cada ser humano que no ha recibido la luz de Cristo. En efecto, después de Completas entramos en la noche, en el silencio, en la soledad, donde estamos llamados a sentir la necesidad que la humanidad tiene de la luz y del amor del Verbo de Dios.

Estos lugares están también en nuestro corazón, en la “periferia” que nuestro corazón es con frecuencia para nosotros mismos, porque vivimos distraídos de su sed de Dios, de su necesidad de recibir su misericordia y de ser misericordiosos a su imagen y semejanza. San Benito nos hace salir de cada Oficio divino, de la oración pública y vocal, de la oración cantada en voz alta, llevando con nosotros, como el “Peregrino ruso”, una oración del corazón, un *Kyrie eleison!* interior, una continua súplica de misericordia para nosotros y para todos.

Una vez más podemos referirnos a la inagotable parábola del hijo pródigo. Allí donde este hijo perdido vuelve a encontrar el deseo del Padre, el deseo de ser hijo, cuando “vuelve en sí” (Lc 15,17), es decir, vuelve a encontrar una sensibilidad y una conciencia hacia su corazón.

¡Qué pena cuando se ve que la primera preocupación de muchos monjes y monjas al rezar el Oficio es formal, es la de “rezarlo bien”, o rezarlo deprisa, en lugar de volver a encontrar en él una súplica continua del corazón, un *Kyrie eleison* continuo, sediento de misericordia para nosotros y para el mundo! No se reza bien cuando se reza bien, sino cuando se reza como pobres, cuando se reza para recibir el don de la oración, porque en realidad, como nos lo recuerda san Pablo, “no sabemos pedir como conviene” (Rm 8,26). En nuestra oración litúrgica no debemos pedir que lleguemos a ser como el fariseo que “reza bien” delante de todos, que es “formalmente perfecto”, sino que lleguemos a ser como el publicano, que cuanto más reza más se da cuenta de su miseria, y entonces no consigue hacer otra cosa que repetir su *Kyrie eleison*: “¡Oh, Dios, ten piedad de mí, que soy un pecador!” (Lc 18,13). Lo hace “golpeándose el pecho”, es decir, despertando su corazón del sueño, de la insensibilidad, invitándolo a abrirse a la misericordia de Dios. También san Benito, cuando habla del “publicano del evangelio” en el 12º grado de la humildad, nos pide repetir “*in corde* – en el corazón” su súplica (cfr. RB 7,65).

Esta es nuestra verdadera pobreza, nuestra verdadera obediencia y castidad: aceptar que el núcleo más verdadero y sólido de nuestra vocación cristiana y monástica es la súplica del corazón, un corazón que suplica la misericordia del Padre. Porque esto era y es el Corazón de Jesús, el corazón de la Virgen María, el corazón de la Iglesia.

No es cómoda nuestra vocación. Siempre estamos tentados de poner en el centro de la misma otras mil cosas. Pero la súplica del corazón a la misericordia de Dios no es una vocación triste. María, en el Magnificat, nos hace comprender que solo desde el corazón humilde y suplicante brota la alegría desbordante de la alabanza de Dios, en la esperanza cierta de que su Misericordia ha vencido ya el mal del mundo. San Benito nos dice que es precisamente sobre este camino en el que el corazón “se ensancha en la dulzura inefable del amor” (RB Pról. 49).

En efecto, la súplica de la misericordia dilata nuestro corazón hasta las periferias de toda la humanidad, es decir, hasta abrazar toda la humanidad, su necesidad de salvación, en la medida sin medida del Corazón de Cristo. Y esta dilatación es la dilatación del amor, y, por lo tanto, de la verdadera alegría.